

I

“Interrumpimos nuestra programación para informarles de un suceso que acaba de producirse en Málaga, España”.

En el salón del amplio ático del centro de Manhattan las palabras del televisor captaron la atención del capo neoyorquino Francesco “Franky” Ruzzomia, 44 años, principal jefe de La Organización, la mayor banda de distribución de cocaína en Estados Unidos. Conocía Málaga por negocios y por placer y ahora sus padres se encontraban en Fuengirola de vacaciones.

No acostumbraba almorzar los lunes en el hogar, pero este lo había hecho. Le quedaba cerca del trabajo y cuando le era posible volvía desde su oficina a su residencia para comer y jugar un rato con su hija antes de regresar de nuevo.

Inconscientemente, diez años atrás, cuando conoció a Anne, su difunta esposa y madre de Giannina, dio un giro a su vida acentuándola hacia las placeres sencillos que ofrece la vida; y pasar el tiempo con su hija constituía su mayor regalo.

Apartó la vista de la cría, una chatilla y vivaracha niña de seis años de grandes y redondos ojos castaños con cortas trenzas negras, junto a la que jugaba sentado sobre la moqueta entre un avión de plástico y un carrito con un muñeco dentro.

—Quita Pumy. No me dejas pasar.

Giannina hablaba a su perro, tumbado delante, mientras empujaba su cochecito de bebé contra el lomo del animal intentando que se apartara. El imponente rottweiler mestizo de cinco años, casi 60 kg. y fiero aspecto, descansaba tumbado sobre la alfombra. Perezosamente volvió la cabeza, se levantó, balanceó la cola y se volvió a tumbar dos pasos más allá.

En la pantalla del televisor vio la imagen de la locutora superpuesta a la de un edificio rodeado de camiones de bomberos, ambulancias y coches de policía. Una espesa columna de humo negro salía por la azotea. El aparato continuó con la información: “Málaga (España), lunes 10 de Marzo de 2014, 20:00 hora española. Una explosión se ha producido a las 19:45 en el centro comercial El Diseño Latino del área metropolitana de esta ciudad costera del sudeste español. Por la similitud con otro cometido en el mes de Enero de este mismo año las autoridades creen que ha sido un atentado terrorista del FAL (Frente Asturiano de Liberación), aunque este extremo no ha podido ser corroborado porque por el momento nadie se ha atribuido su autoría. Entre las numerosas víctimas se ha confirmado que hay varios menores de edad. También ha provocado importantes daños materiales.

La policía ha situado controles preventivos en las principales carreteras, estaciones de ferrocarril y autobuses, aeropuerto y puerto. Seguiremos informando de las novedades que se produzcan”.

—Vaya, espero que eso no retrase el vuelo de los abuelos —dijo Franky izando entre vaivenes a Giannina.

La chiquilla, suspendida sobre la cabeza de su padre, arrojó el muñeco a su mascota, el can se levantó, lo cazó al vuelo con la boca y movió alegremente el rabo. Luego extendió los brazos como si fueran alas e imitó el zumbido de un reactor. Su cerebro sufría una magnética fijación con todo lo relacionado con la levitación. Aviones, cohetes, globos, pájaros, insectos, o lo que fuere que no tocaba el suelo ejercía sobre ella una atracción hipnótica.

—Mira papá. Pumy dice que no.

“Por una parte nos beneficia, la policía se centrará más en asuntos terroristas con lo que destinarán más medios a su control que al narcotráfico. Pero por otra, infectarán de polis la Costa del Sol. Habrá que estar alerta. ¡Uf! Quizá tengamos que cambiar alguna ruta”, murmuró para sí mismo mientras impulsaba a la cría en un corto vuelo picado hasta chocar sus narices.

A los padres de Franky, Carlo y Renata Ruzzomia, les encantaba descansar en su chalet en Fuengirola. Anteriormente discreto, lo fueron reformando y ampliando con edificaciones anexas. Ahora se había transformado era una mansión con múltiples dependencias.

Desde su jubilación la costa mediterránea española con su vida y su sol constituía uno de sus lugares de recreo favoritos; a la par de otra de sus propiedades, su mansión en Melvert (estado de Nueva York). Carlo Ruzzomia lo compró cuando La Organización empezó a exportar cocaína a Europa. Franky pasó en la Costa del Sol muchas de las vacaciones de su infancia mientras su padre asentaba y ajustaba la estructura del narcotráfico en España.

En ese tiempo Carlo discutió acaloradamente con su mujer intentando convencerla de que Franky y ella no le acompañaran, temió que les pudieran utilizar contra él, pero era testaruda y estaba enamorada: “Si tú mueres nuestra vida no valdrá nada, además estaremos más seguros que en Nueva York”. Sin darle la razón Carlo cedió.

La criada entró en la habitación para anunciarles que los platos estaban servidos. Torció el gesto al observar fibras de moqueta en el traje del gángster. Al verle disfrutando de su hija esperó condescendiente de lo que significaba para Franky estar con la niña. Era la mejor terapia tras la depresión sufrida a causa de la muerte de Anne dos años antes. La sesentona, regordeta y religiosa Estella llevaba al servicio de los Ruzzomia más de cuarenta años y les quería y era querida como si fuera uno de ellos.

Cuando se casó, Franky vendió su estudio de soltero y se fue a vivir con su mujer a otro más grande, el carísimo ático en Manhattan donde vivía ahora y donde había pasado los mejores años de su vida. Su mujer, profesional del mercado del arte, lo había decorado exquisitamente. Acoplar obras modernas y clásicas con tanto acierto denotaba un gusto y una sensibilidad inusuales muy del agrado de su marido, que observaba a menudo a personas adineradas comprar valiosas obras de arte limitándose a almacenarlas en los salones sin el más mínimo sentido estético. Luego nació Giannina y las fotografías de la niña empezaron a rivalizar con los objetos artísticos por ocupar los lugares más vistosos sin desmerecer el buen gusto reinante en el lugar.

Estella se fue temporalmente a vivir con ellos para ayudar a Anne en las tareas del hogar. Anne falleció y ella, solícita y con satisfacción, se hizo definitivamente cargo de la casa y de la niña, y a regañadientes del perro.

—Quizá mis padres se retrasen. En el canal de noticias están informando de un atentado en Málaga con bastantes muertos. Intensificarán los controles en el aeropuerto y no me extrañaría que el vuelo despegue algo más tarde —dijo Franky al verla.

—¡Oh Dios mío! Rezaré para que los señores estén bien —se santiguó.

—No digas eso mujer. No ha sido en el aeropuerto.

—¡Vamos! A lavarse las manos y a comer que se va a enfriar la sopa —dijo la mujer atusando el pelo de la niña.

Franky dejó a la cría en el suelo. Giannina se acercó al perro, en cuclillas se puso frente a él agarrándole las orejas, puso su naricilla delante del hocico, casi tocándole, y le dijo:

—Los perros tenéis mucha suerte. No tenéis que lavaros las manos para comer.

El perro ladeó un poco la cabeza y lamió la cara de la cría, desde la barbilla hasta la frente. La niña le soltó y cayó de culo al suelo con el rostro ensalivado.

—¡Pumy, no vuelvas a hacerlo o me voy a enfadar!

Y salió como un cohete hacia el baño seguida por el animal. Franky y Estella no pudieron por menos de reírse con ganas.

—¡Lávate también la cara! —gritó la mujer.

Los cuatro (también Pumy) comieron juntos en el comedor. La niña no quería que el perro comiera solo en la cocina. Tres años antes se plantó delante de sus padres con el comedero del animal en las manos: “Pobrecillo Pumy. Yo no quiero que coma solo”. A pesar de las protestas de Estella el can desde entonces les acompaña durante el almuerzo. A lo que la criada no cedió de ninguna de las maneras, apoyada por la respetada opinión del veterinario y de Anne, fue a que durmiera en la misma habitación de la niña. Giannina tuvo un buen berrinche pero Pumy fue confinado a dormir en la terraza; lugar donde los quince metros a su disposición le venían bien para completar los paseos diarios y las sesiones de entrenamientos y atenciones específicos que dos días a la semana tenía con el cuidador canino.

Diez minutos después de comer, sufrir el cepillado de su traje por parte de Estella, dar un montón de besos y abrazos a su hija y acariciar al perro, Francesco Ruzzomia viajaba en la parte trasera de su limusina blindada. Acompañado en los asientos delanteros por Rick en su labor de chófer y Joe de guardaespaldas recorría las concurridas calles de Manhattan camino de su despacho en la última planta del Edificio Hunter, un rascacielos de oficinas y negocios cuartel general de La Organización.

Las dos plantas superiores del edificio pertenecían a empresas del narcotraficante. En sus despachos los capos de La Organización habían tomado decisiones que afectaban al comercio mundial de la cocaína por valor de miles de millones de dólares. Cualquier arreglo o reforma en sus instalaciones era comprobada milimétricamente, ni el más pequeño de los clavos se libraba de ser escrutado. Periódicamente las dependencias eran peinadas con los más modernos escáneres en busca de artilugios espías a los que las agencias gubernamentales son tan aficionadas. Aunque nunca habían hallado ninguno les constaba que si les daban la oportunidad de instalarlos la aprovecharían, por ello no bajaban la guardia.

Contemplando el gentío a través de las ventanas tintadas del vehículo escuchaba por su móvil a su amigo y jefe de seguridad Mateo Saccini (a su madre, aunque italo-americana, le gustó más el nombre en español). El mensaje fue escueto y mostraba profunda inquietud.

—No localizamos a tus padres. Ha llamado Daniel desde el aeropuerto. No ha podido contactar con Lance... ni localiza el coche. Sus móviles no dan señal. Los del servicio del chalet dicen que los tres salieron después de

comer hacia Málaga y que tu madre les comentó que quería hacer unas compras antes de ir al aeropuerto. Lance tenía que llamarme antes de embarcar y tampoco lo ha hecho.

Lance, el guardaespaldas, no era un tipo despreocupado y tenía orden de contactar con Saccini antes de embarcar. Habían transcurrido noventa minutos. Franky sabía que si los móviles no funcionaban Lance habría llamado desde un teléfono público u ordenado que lo hicieran desde Málaga. De ninguna manera dejaría pasar siete horas más, la duración del vuelo, sin notificar su localización.

—Moviliza a todos los hombres que tengamos disponibles en la zona. Estaré allí en un minuto —fue lo último que dijo antes de colgar.

Eso significaba comprobar si se habían producido accidentes, asesinatos o secuestros. En caso de rapto las posibilidades de localizarlos eran casi nulas. La dificultad de acudir a la policía lo complicaba, investigarían, profundizarían, averiguarían que viajaban con nombres falsos y el motivo por lo que lo hacían... Lo tendrían que investigar por su cuenta y esperar noticias de los captores. En estos casos los primeros momentos son cruciales para conseguir y seguir pistas; pasados estos, se contaminan, se desvanecen o dejan de tener valor. Lo valoró como la posibilidad más probable. En los secuestros de personas que transgreden la ley no conviene ponerse en contacto inmediatamente con quién se va a extorsionar. Se logra que el inicio de la búsqueda se retrase y se gana tiempo para ocultarse. Si hubiera sido un asesinato u ocurrido un accidente probablemente ya se lo habrían comunicado. En la agenda de los móviles de sus padres y del guardaespaldas el primer número pertenecía a La Organización, además estos no daban señal.

—Acelera Rick, todo lo rápido que puedas.

El mamparo de separación de la parte delantera del coche estaba bajado y sus empleados habían oído la conversación. Eran conscientes de que algo grave podría estar pasando. La orden en sí era inútil, el chófer ya lo procuraba pero era imposible con un vehículo tan grande y pesado zigzaguear en las saturadas avenidas de la Gran Manzana.

El coche se introdujo en el edificio, Rick lo detuvo en el primer sótano frente al ascensor del parking. Cuando Franky y Joe se bajaron lo aparcó en una de las cocheras cerradas y custodiadas por un par de vigilantes que desde una garita controlan una docena de cámaras.

En el elevador Joe introdujo una tarjeta (habían sustituido el botón por un mecanismo electrónico) en una ranura etiquetada con el número 30. Una vez arriba atravesaron un primer vestíbulo abundantemente amueblado que da acceso a salas de estar, áreas de descanso, baños y a otro gran recibidor desde el que se entra a los despachos privados de los capos. En el primer hall varios esbirros hacían guardia día y noche controlando las admisiones y salidas. La puerta de esta segunda y diáfana sala, flanqueada por otro matón, estaba abierta. Dentro le esperaba de pie, muy serio, el veterano y enorme Saccini con un par de gorilas a su lado.

La estancia, ya grande de por sí, a Franky se le hizo descomunal. La cara desencajada de su amigo era muy elocuente. Se sintió como un enano que ve como las paredes, el techo y el suelo se alejan abandonándole en un vacío abismo. Hacía dos años había tenido esa misma sensación. “No, otra vez no”, martilleó su cerebro. No se movió, estaba petrificado. Sus ojos miraron a su alrededor.

En dos lados opuestos del gran espacio cuadrado se distribuyen los cuatro despachos de los jefes responsables de cada negociado: el de Franky, jefe máximo; al lado el de Charles Harrison, cerebro y número dos; el de Mateo Saccini, encargado de la seguridad, enfrente del de Franky; y el de Joana Allen, gestora de los asuntos legales y financieros, enfrente del de Harrison. En los otros dos lados están la puerta de entrada y enfrente una fila de grandes ventanas obsequian permanentemente con una vista magnífica de Manhattan a la vez que iluminan la estancia.

Como mobiliario tiene tres mesas de trabajo dispuestas una frente a la puerta de entrada, delante de las ventanas, y las otras dos a los lados, entre las puertas de los despachos. Las de los lados las ocupan dos matones de seguridad y la otra, originariamente destinada a un secretario que atendiese las cuatro dependencias de los jefes, está actualmente vacante, siendo eventualmente efectuada esta función por Allen. Esta mesa está provista de utensilios de oficina, ordenador, teléfono, etc. A los lados: a un par de metros dos ficheros, en el otro sobre un caballete en forma de media luna una impresora, una fotocopidora y un fax. A un lado de la puerta de entrada, tres robustos butacones y un sofá junto a una mesa maciza, grande y baja como enseres de espera para ocasionales visitas. Adosado a esta pared hay un mueble con armarios, estanterías y un frigorífico disimulado, todo ello perfectamente integrado en el conjunto. De todas las paredes cuelgan desiguales cuadros en cuanto a tamaño y temática. En la sala se respira aroma a lujo. Los muebles, todos de maderas nobles dejan claro que allí se había invertido mucho dinero.

El piso 30 constituye el gran templo de los dos sumos sacerdotes de La Organización, Ruzzomia y Harrison. A ese espacio, casi sagrado en el mundo del crimen organizado, solo unos pocos de sus empleados de máxima confianza tienen acceso.

Por fin Franky avanzó. Todos le miraban en silencio conteniendo la respiración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Franky agarrando, sujetándose a los brazos de Saccini.

—Entremos.

Las palabras de su amigo tenían peso en él. Su reacción instintiva fue zarandearle conminándole para que le contestara, pero no tuvo fuerzas. Con la certeza de que le iba a decir algo que no quería oír, algo que ya sabía, se soltó de las mangas de su empleado. Derrengado, sin decir nada, como un autómata, sacó su llavero y abrió la puerta de su despacho.

Una vez dentro se sentó en el borde del sofá de cuero; Saccini acercó una silla para situarse frente a él. La amplia estancia estaba en penumbra. La ventana, en la pared de enfrente, tenía la persiana bajada y solo algunos rayos furtivos conseguían atravesar las rendijas, reflejándose tenuemente sobre el brillante barniz del mobiliario de caoba. A la orden de un mando eléctrico activado por el gorila la persiana subió permitiendo el paso de más luz. “La iluminación natural es mas vital”, pensó.

—Ha habido una explosión en un centro comercial en Málaga —dijo Saccini.

—Lo sé. Lo he visto en las noticias —asintió angustiado, con los párpados cubriendo casi totalmente sus ojos de mirada perdida.

—Tus padres estaban allí. Lo siento Franky. En la lista provisional de muertos dada por la policía española figuran los nombres de Paul y Nora Turner y Lance Morley. Están casi seguros de que ha sido un atentado terrorista. Se inclinan por el FAL, independentistas asturianos. Lo siento mucho —repitió—, les apreciaba de verdad.

Franky no pudo reprimirse. Se levantó y se abrazó al cuello de su empleado al oír los nombres ficticios que utilizaban sus padres. Tres o cuatro lágrimas manaron de sus ojos.

Los padres del capo cuando se desplazaban a España habitualmente no usaban identidades falsas pero en esta ocasión lo habían hecho por precaución. En La Organización habían recibido el soplo de que varios sicarios de Miami habían recalado en Nueva York. No sabían quién los había enviado ni si su llegada tenía algo que ver con ellos pero cualquier noticia procedente de Miami la cogían con extrema cautela. En la época en que Carlo era el jefe ajustaron cuentas violentamente contra una banda miamense. Franky pensó que era un buen momento para que sus progenitores se fueran discretamente de vacaciones a España; por ello consideró que lo mejor sería que viajaran de incógnito. Alguna indiscreción de algún empleado de la compañía aérea o del aeropuerto podría llegar a oídos de los de Florida.

Su mente empezó a divagar. Resultaba paradójico que les aconsejara irse de Estados Unidos para estar a salvo y ahora yacían con sus cuerpos destrozados al otro lado del Atlántico producto de un estúpido atentado. Se sentía mareado.

Mateo sabía lo que significaba la muerte de los Ruzzomia. Mucho, mucho trabajo. El asesinato de un capo del crimen organizado trae consecuencias. Debe hacerse justicia, o sea, ser vengada. Es la ley de los sin ley.

Pasados unos segundos, Franky todavía compungido, se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Con voz entrecortada agradeció a Saccini sus condolencias:

—Gracias, Mateo. Cuando llegue Charlie dile que venga a verme. Ocúpate de que los chicos vayan averiguando algo. Mantenme informado de todo. Y ahora, por favor, déjame solo.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—No, no gracias. Estoy bien.

En ese momento entró Charles Harrison. Impecablemente vestido con un traje oscuro a rayas de corte italiano, camisa, corbata y pañuelo en la solapa a juego y lustrosos zapatos negros de piel. El atuendo parecía estar un nivel por encima de su portador. Harrison aparentaba diez años más de los sesenta que tenía. El duro trabajo y el estrés habían mellado su rostro con profundas arrugas bajo los ojos y en la frente, y maltratado su cabello, los pelos que no se habían desterrado se mostraban canos y endebles en su cuidado peinado. Conservaba la verticalidad en el caminar pero su viveza hacía tiempo que era historia. El tiempo estaba siendo inclemente con él y eso preocupaba profundamente a su familia, en especial a Ethel, su mujer. El veterano estratega de la banda se extrañó al ver a Franky abatido.

—Buenas tardes —saludó lacónicamente esperando que alguien le dijera lo que, evidentemente, ocurría allí.

Saccini respondió al saludo y se dispuso a hablar pero Franky momentáneamente recuperado le interrumpió y bramó:

—¡Han asesinado a mis padres en España! El atentado ese del que hablan en televisión. ¡Terroristas! Dicen que independentistas asturianos. Charlie, los quiero muertos. ¿Qué sabemos de ellos?

Harrison hizo una mueca como si le hubieran quemado en la espalda. El atentado había sido el tema de conversación mientras comía con Ethel. Normalmente lo hacían con la televisión encendida como ruido de fondo, sin prestarle ninguna atención, pero una noticia así, estando los Ruzzomia en Málaga, no podía pasar desapercibida. Es más, viendo las imágenes su mujer se mostró casi tan horrorizada como cuando el 11 de Septiembre vio como caían las Torres Gemelas.

Lamentó oírlo. Quería a los padres de Franky, eran amigos desde hacía exactamente cuarenta y dos años. Recordó entristecido cómo a menudo Carlo Ruzzomia le presentaba, parafraseando un viejo dicho: “Señores,

este es Charles Harrison el mejor negocio de mi vida”.

Aunque Franky no lo hubiera dicho a Harrison ya le había venido a la cabeza el mismo pensamiento que a Saccini unos minutos antes: “Solo hay una manera de tratar estos asuntos. Uno de los nuestros no puede quedar sin vengar, sobre todo si es un capo”.

También Harrison conocía España y sus principales problemas. La Organización utilizaba a España como país de entrada de la cocaína en Europa. En los países en los que trafican el terrorismo es un problema lo suficientemente importante para no subestimarlos. En lugares como Irlanda y algunos de Extremo Oriente tuvieron que cambiar o incluso abandonar proyectos de negocio por este motivo. En el caso español no les había supuesto ningún inconveniente y sus caminos no se habían cruzado. Hasta ahora.

El oír que probablemente habían sido terroristas políticos españoles le alivió bastante. Por lo que sabía les consideraba fáciles de ajusticiar, tipos simples, inexpertos y cobardes sin capacidad para desquitarse contra un enemigo como ellos. Se limitan a poner bombas en sitios públicos o debajo de coches donde las víctimas no tienen ninguna relación con lo que reivindican, o a disparar por la espalda a peones muy alejados de los peces gordos. Nada que ver con el IRA, los irlandeses se habían mostrado excepcionalmente duros contra los narcotraficantes. Ni con los islamistas, fanáticos capaces de morir por la causa. En este caso todavía tendrían más complicaciones, eran difíciles de localizar y podrían huir a países musulmanes donde la capacidad de maniobra de La Organización era nula. Peor hubiera sido que les hubiera matado una banda rival. Las guerras entre grupos mafiosos suelen ser muy cruentas, con muchas bajas en los dos bandos y lo peor, los enfrentamientos son eternos. La única forma de que terminen es que uno de los contendientes desaparezca, ya sea porque acaben muertos o entre rejas.

Avanzó hasta Franky y ambos se abrazaron unos segundos.

—Lo lamento. Sabes lo que eran tus padres para mí. Averiguaremos donde se esconden los hijos de puta que lo han hecho y quienes lo hayan ordenado. Lo pagarán.

En el silencio de la espaciosa habitación su voz sonó más grave de lo habitual pero su rostro ya no mostraba emoción. Desde niño, curtido en los bajos fondos, había aprendido que era mejor no revelar los sentimientos. Lo había perfeccionado hasta interiorizarlo de tal forma que para él era un acto reflejo. Harrison, consciente de ello, lo atribuía al hecho de que por sus decisiones muchos hombres, amigos y enemigos, habían muerto; y cada vez que eso ocurría se deshumanizaba un poco más. Quizá ya había vivido demasiado en esos sesenta años.

Los tres se quedaron estáticos y callados: Franky como ido, Saccini perplejo mirando a su jefe y Harrison pensativo. Por fin este último rompió la incertidumbre:

—Veamos que saben en el Cronicle News Diary —dijo aludiendo a Cristine, una de sus periodistas en “nómina”. La Organización contaba con un par de contactos en la prensa.

—¿Periódicos? ¿Vas a alertarles de que estamos interesados? —le preguntó Saccini.

—Nuestro negocio es el transporte internacional, ¿por qué tendría que extrañarla? Además esa mujer es de fiar —dijo casi con desprecio Harrison, poco acostumbrado a que le cuestionasen sus decisiones.

No se molestó en salir del despacho de Franky para telefonar desde el suyo. Fue directo al teléfono de la mesa.

Entre la prensa, como no puede ser de otra forma, las noticias importantes corren a velocidad de vértigo. Harrison recompensaba adecuadamente y facilitaba a Cristine el trabajo sobre incidentes en el puerto (la pasaba información y la dejaba husmear en asuntos como huelgas y delitos que se producían) a cambio de publicar informaciones sesgadas y hacer campaña a favor de las empresas que La Organización tenía allí.

La periodista le dijo que en la redacción el experto en terrorismo daba por seguro, opinión que coincidía con la de su corresponsal en España, que se trataba del FAL. También se refirió a la inusual rapidez con que las autoridades españolas habían revelado los nombres de los fallecidos, obtenidos de sus documentos de identificación minutos después de extraer los cuerpos y sus pertenencias de los escombros. Por último comentó que los neoyorquinos muertos eran gente “del montón” por lo que no iban a dedicarles más líneas de las que ocupaban sus nombres. En otras circunstancias Harrison habría sonreído por el escaso olfato sobre sus paisanos desaparecidos.

Mientras, Franky abrió una de las puertas correderas del mueble. Quedó a la vista un televisor led de 40 pulgadas empotrado entre los libros de la estantería; lo encendió con el mando a distancia, bajó el volumen y sintonizó el canal internacional de noticias. Seguían informando del atentado.

—Están hablando del atentado —dijo Saccini en voz baja a Harrison.

En el televisor el locutor leía un comunicado de la policía española. Todo era muy confuso pero se informaba someramente de los datos confirmados: el nombre de los fallecidos, entre ellos niños, que se habían podido identificar y la planta donde había sido colocada la bomba.

En este punto Harrison se despidió de la periodista y se centró en la televisión. De la identidad de los terroristas nada; después el locutor, junto a un grupo de tertulianos “expertos en terrorismo”, comenzó a analizar las especulaciones.

A la espera del visionado de las grabaciones de El Diseño Latino la policía solo tenía unas difusas fotografías de quienes creían los autores (las difundían para obtener colaboración ciudadana) y ningún nombre a quien asociarlas. Se trataba de un comando que llevaba operando poco tiempo. Bautizado como Comando 2014, por el año en que había comenzado a asesinar, se le consideraba autor de otro atentado con dos víctimas mortales dos meses antes en Córdoba. Según la policía lo integraban cinco personas, dos hombres y tres mujeres. La policía y los servicios secretos sospechaban que recibía órdenes directas del jefe de la banda Augusto Zumalla Martínez, exiliado en Venezuela.

—En España podremos actuar pero en Venezuela... no tenemos a nadie. No es un país en el que podamos hacer mucho. La policía de allí no nos tiene mucha simpatía —comenzó Saccini. Se refería a que la delincuencia procedente de Estados Unidos era atajada con excesivo celo.

—No, no podremos hacerlo solos. Esa zona está en la órbita de los colombianos. Hablaré con Ratón —dijo Harrison.

Los colombianos de los que hablaba Harrison era la gente del cártel de Guamaloa, con su jefe Alfonso “Ratón” Rodríguez al mando. Los neoyorquinos mantienen con ellos una estrecha relación, son sus principales proveedores de cocaína y socios eventuales en otros asuntos. Les proporcionan aproximadamente el 70% de la droga que distribuyen, con un valor de cientos de millones de dólares al año.

Venezuela, como apuntó Saccini, no es un país muy amistoso con los norteamericanos. Una acción de secuestro o asesinato entraña riesgos y requiere de un dispositivo del que no disponen. Un estadounidense moviéndose por allí sospechosamente y haciendo preguntas indiscretas sobre un jefe terrorista extranjero probablemente sea tomado por un espía y le espere un futuro comprometido.

Harrison empezaba a barruntar un primer bosquejo de la operación, dividirla en dos partes:

Primera: Encargarle a Ratón que envíe a sus hombres a Venezuela, secuestren a Zumalla, le saquen información sobre sus compinches mediante tortura y finalmente se lo carguen y se deshagan del cadáver; todo en un día y evitando los innecesarios riesgos que entraña cruzar fronteras con un rehén.

Y segunda: Con la información extraída por los colombianos organizar desde Nueva York la caza en España de los demás terroristas implicados.

—No está confirmado por la policía española que sean los que han dicho. Deberíamos esperar a estar completamente seguros —dijo Saccini.

Sin embargo, Harrison, hombre de los que no se precipitan, después de escuchar la información la dio la suficiente credibilidad para tomarla por cierta.

Franky no pareció oírle. Un capo no concibe que los asesinos de sus progenitores anden tan campantes por ahí disfrutando de un tiempo que no les pertenece. No son negocios donde una venganza en frío sabe mejor.

Hay otra razón por la que las afrentas personales en el inframundo del crimen organizado requieren respuesta inmediata: se puede extender el pernicioso rumor de que se es “blando”, y serlo significa perder el estatus de depredador para convertirse en presa. Pero en su caso no tenía porqué ser así puesto que nadie sabía que los Ruzzomia habían sido asesinados.

—Ratón sabrá desenvolverse. ¡Zumalla, yo mismo acabaré contigo! ¡Disfruta de los pocos días que te quedan de vida!

»Le traeremos, le haremos cantar donde se esconden sus compinches y luego les daremos lo suyo a él y al comando ese —la voz de Franky atronó en la estancia—. Quiero a esa basura aquí pronto. No esperaré a que levante el vuelo y le perdamos la pista. Dile a Ratón que le recogeremos donde nos diga. Pero..., ¡vivo! Se lo pagaremos bien. Prepáralo. ¡Quiero tenerle delante, hablar con él y ver sus ojos cuando muera! ¡Le mataré con mis propias manos! —repitió mecánicamente.

Le vino a la mente la misión anterior que le encomendaron a Ratón, “los colombianos son gente de gatillo fácil”. Lo comprobaron en un ajuste de cuentas en Lima. Dos peruanos asaltaron en Nueva York a uno de los distribuidores de La Organización y le robaron parte del cargamento. Les siguieron el rastro, pertenecían a una banda del país andino. Ratón se ofreció para acabar el trabajo. La operación se descontroló y en vez de dos muertos dejaron siete. Se levantó un importante revuelo que aunque no llegó a salpicar a los neoyorquinos no fue de su agrado.

Franky apretó los puños y los dientes, los ojos pugnaban por salirse de sus cuencas. Arrastrando los pies anduvo hasta detrás de su mesa de trabajo y se dejó caer en el sillón. Miró las dos fotografías de su escritorio, una con Giannina en sus brazos con Anne y Pummy a su lado y otra de sus padres. Se cubrió la cara con las palmas de las manos y apoyó los codos en el tablero pero no se borraron las imágenes de sus ascendientes, que sonrientes le miraban desde el pequeño marco plateado.

—¡Malditos bastardos! ¡Malditos!

Harrison le taladró con la mirada pero no dijo nada. Pensaba en sus palabras: “¡Yo mismo acabaré con él! ¡Le mataré!”. Estuvo a punto de abrir la boca para replicarle con la opción más lógica pero se contuvo. Un capo jamás debe implicarse personalmente en un asesinato, para eso dispone de una legión de sicarios. Lo más fácil,

seguro y rápido era que lo que él había pensado. Se ensimismó un momento pensando en ello.

Ahora tenía que idear otras opciones. Una sería que ellos mismos con Franky a la cabeza se desplazaran a Venezuela o a Colombia y le liquidara allí; pero en caso de ser detenidos, con una acusación por secuestro y asesinato, pasarían una larguísima e infernal temporada entre rejas lejos de Estados Unidos; impensable. Otra opción intermedia consistía en que los colombianos le interrogaran y luego se lo enviaran a Nueva York para que Franky terminara con él. Con esto ganarían tiempo para ir dando caza a sus compinches, pero tenía un riesgo: este tipo de interrogatorios pueden llegar a ser extremadamente destructivos y pueden dejar a la víctima muy maltrecha y retrasar el viaje o desaconsejarlo totalmente.

Para comunicarse sobre asuntos comprometedores hace tiempo que las mafias han dejado de usar las líneas telefónicas convencionales. Que tanto legales como ilegales existían intervenciones de las comunicaciones por parte de las agencias gubernamentales no eran un secreto y estaban a la orden del día. La solución de este problema el hampa en general la encontró en Internet. Micrófonos, auriculares y cámaras conectados a dispositivos informáticos (ordenadores, tablets, etc) recogen los datos de voz o imágenes, los encriptan, los dan unas vueltas por varios servidores alrededor del mundo para ocultar su procedencia y los entregan en el aparato receptor para que este los transforme de nuevo. Todo este proceso en menos de un segundo con la seguridad de que es prácticamente imposible descifrarlo y con el único inconveniente de una pequeña distorsión en la voz y ralentización de las imágenes.

Por eso ahora Harrison no hizo uso del teléfono. Estableció la conexión por medio del ordenador de mesa. En la pantalla apareció el atezado rostro de “Ratón” Rodríguez con sus fríos e inexpresivos pequeños ojos azabache hundidos en el fondo de sus cuencas. Perfectamente afeitado, desentonaba el fino bigotillo algo canoso con su corta melena peinada hacia atrás, teñida muy negra y en exceso engominada para domar los rizos de las puntas. Su característico broche de plata en el cuello sujetando un corbatín de cordón no podía faltar.

—¡Qué bueno saludarte! No esperaba hablar contigo hasta dentro de una semana. ¿Habéis tenido algún problema con el envío o es que las cosas os marchan tan bien que necesitáis otro? —dijo Ratón en inglés con su voz rota por el aguardiente y el tabaco habano.

—¡Buenas tardes! Alfonso esta llamada es por otra clase de negocios. Necesitamos que nos hagas un favor.

—Estaré encantado de ayudaros.

Harrison fue directo, como les gustaba negociar a ambos.

—En Venezuela se ha refugiado un terrorista español, se llama Augusto Zumalla Martínez. Es el jefe de su banda, el FAL, acrónimo de Frente Asturiano de Liberación. Queremos traerlo a Nueva York y para eso necesitamos que le secuestres y nos lo entregues. ¿Podrás hacerlo? No sé de tú capacidad allí.

En general estos “encargos” no presentan muchas dificultades. Suelen consistir en “dar un repaso”, pegar un tiro en la cabeza, o cobrar una deuda. Asuntos “tirados” si no se trata de altos cargos del ejército, políticos o importantes bandas rivales. Lo que Harrison pedía no parecía nada desorbitado: secuestrar a un jefe terrorista alejado de los que le secundan. Este tipo de favores son bien remunerados según las “tarifas” del hampa. No hay regateos, el favor no es hacerlo gratis o barato sino hacerlo.

Ratón captó que el “favor” era de especial importancia para La Organización, el tono de Harrison no era relajado. No podía dejar tirados a sus clientes y socios. Se recostó contra el respaldo del sillón y miró por encima del monitor. A través de la cristallera vio las ondulaciones del inmenso campo, todo de su propiedad, cuya vegetación, resplandeciendo por el sol de la tarde, se perdía en el horizonte. En ese lugar se sentía todopoderoso. Bajó los ojos y sonriendo dijo lo que sentía en ese momento:

—Puedo hacer cualquier cosa al sur de Estados Unidos, camarada no lo dudes. ¿Terrorista español? ¡Carajo! Esa gente tiene relaciones con nuestra guerrilla. Me encantará hacerlo. ¿Sabéis que esos mamarrachos paramilitares quieren jodernos el negocio?

—Sí, y también hemos oído algo sobre la desaparición de uno de sus comandantes.

En La Organización estaban al día del tema y también estaban seguros de que la guerrilla la había pifiado pisando terrenos de los cárteles. Sus líderes ya se habían arrepentido y uno ya no podría hacerlo más. Ratón volvió al origen de la llamada.

—¿Ese que dice la televisión que ordena los atentados en España? Lo he visto, compañero, la han liado a lo grande —dijo como si él nunca se hubiera visto envuelto en algo similar.

—El mismo. De eso se trata. Dos de las víctimas son Carlo y Renata. Te ruego que no lo divulgues porque todavía no lo podemos hacer público.

Franky y Saccini, tras la webcam, le miraron censuradoramente por habérselo dicho. Fuera de la vista de Ratón Harrison les aplacó levantando la mano. Con la misma hizo señas a Franky para que tomara la palabra, rehusó con la cabeza. No tenía ánimo para hablar. Ratón tardó unos segundos en reaccionar a la impactante noticia y no se fijó en los movimientos de Harrison acercándose y alejándose de la cámara. Un momento antes se sentía invulnerable y ahora estaba intranquilo. Fue una sensación fugaz. Se voz sonó con aplomo.

—Da mi sentido pésame a Franky. Buen señor don Carlo, sí. Hice buenas platicadas con él. ¡Él no se

preocupaba por la plata como tú, Charlie. Me decía que él se ocupaba del whisky! Por eso no quería hablar de dólares conmigo y me hacía negociarlo contigo. ¡Que buenos tiempos, jamás discutimos! —Ratón aparcó los recuerdos y el tono añorante dejó paso a uno trascendente—. Tendréis a ese tipo. Si quieren yo me encargo de él. Le haría un trabajo fino antes de liquidarlo.

—Gracias. No será necesario. Queremos hacerle unas cuantas preguntas personalmente. Necesitamos traerlo en condiciones “adecuadas”.

—¿Cuándo lo queréis?

—Lo más pronto posible. Si es antes de quince días doblaremos las cifras habituales.

—¿Dónde será la entrega? Un tipo vivo no es un fardo que se pueda apretujar en un cubículo insalubre.

La especialidad de los narcos es mover droga y dinero en efectivo, mercancía que se puede ocultar en cualquier condición; no personas vivas.

—No puedo decírtelo todavía. Tengo que hacer unas consultas. En Colombia, Costa Rica o Panamá supongo. Tengo que analizarlo con mis hombres. Quiero hacerlo en un “envío legal”.

—Si nosotros lo custodiamos hasta Colombia y luego os encargáis vosotros lo tendríais en Nueva York antes —dijo Ratón de corrido.

Los envíos legales son más seguros. Es la forma de transporte que más utilizan para los alijos. Un “envío legal” es aquel en el que las drogas van camufladas en una remesa realizada como su nombre indica en cuanto a documentación y transporte. Los “ilegales” no están supeditados a controles de ningún tipo, son opacos a las autoridades.

La intención de Ratón, máxima de todos los contrabandistas, era deshacerse de la mercancía comprometida, y Augusto lo era mucho, lo antes posible y en terreno favorable. Llevarlo desde Venezuela a Colombia no presentaba mayores problemas, además así evitaba los farragosos transbordos en otros países.

Los controles en Estados Unidos de cargas con origen colombiano son revisados más minuciosamente que desde otros países centroamericanos, por ello La Organización introduce la cocaína intercalando “países puente” cuyos controles son más laxos y desde los cuales la vigilancia también es más relajada. Esto ralentiza y encarece los transportes, multiplicándose los permisos aduaneros y fletes. Un esquema simple es: los colombianos entregan por avión o barco la cocaína oculta en otras mercancías en un país de Centro América desde el cual, una vez vuelta a facturar como mercancía nativa, es recogida por un carguero de La Organización con destino Nueva York. No todos los buques de La Organización transportan droga, esta dispone de barcos por todo el mundo, incluida Colombia, completamente limpios que pueden ser utilizados puntualmente para operaciones ilegales.

—Se lo diré a mis hombres. Veremos que rutas tenemos disponibles.

—¿Sabes dónde para?

—En Caracas, es lo único que te puedo decir.

—Arreglaré algunas cosas y os llamaré. Dale un fuerte abrazo al amigo Franky. Cuando se encuentre mejor hablaré con él.

Harrison también se despidió, cortaron la comunicación. Franky y Saccini esperaban a que Harrison se explicase. “¿Por qué revelarle todo?”, fue la pregunta que Harrison contestó sin que Franky y Saccini explícitamente se la hicieran.

—De todos modos dentro de tres o cuatro días le tendríamos que comunicar la muerte de tus padres y Ratón es demasiado listo para no relacionarlo con el atentado y el secuestro. Decírselo le mostrará que confiamos totalmente en él. Algo que por mi parte es así.

Harrison se excedió en su última afirmación. Solo confiaba totalmente en su familia. Franky, aunque no estaba para pensar mucho, asintió con la cabeza. Saccini también dio por buena la respuesta.

La gerente financiera de La Organización, Joana Allen, llegó en ese momento. Solía llegar la primera pero venía de una reunión y se había entretenido en el coche a terminar un cigarrillo. Ninguno de sus tres compañeros que estaban por encima de ella en el escalafón fumaban y les desagradaba el olor a tabaco, por lo tanto prohibido fumar en los despachos. Pero encontró un ambiente más cargado que si hubiera fumado un batallón. La imagen de Franky proyectaba tragedia. Saccini amablemente la cogió del brazo, la sacó del despacho y le explicó lo sucedido. A medio relato la mujer se llevó las manos a la boca y exclamó: “Dios mío, Dios mío”. Corriendo volvió a entrar. En silencio dio un largo abrazo a Franky que continuaba acodado postrado sobre la mesa, ahora otra vez con la cara entre las manos.

Ruzzomia se desmoronaba por momentos, la sensación de laxitud que le aterraba se repetía. Saccini les miró desde la puerta sin saber que hacer ni que decir. Harrison se asomó al vestíbulo y llamó a Rick y a Joe. Les dijo que llevaran a casa a su jefe, que esperaran al médico que enviaría enseguida y que se quedaran con él toda la noche. No se resistió. Harrison había observado que Franky, poco después de enviudar (exactamente a raíz de un percance doméstico del que él no tenía conocimiento), se mostraba totalmente receptivo a los consejos relativos a su salud.

Luego telefoneó al psiquiatra, un sujeto que ya había atendido al capo anteriormente, muy competente en lo

suyo, incluido en la “nómina virtual” de La Organización, y también muy manejable con dinero contante y sonante. Había intervenido como perito experto en algunos juicios contra miembros de la banda suavizando condenas certificando enajenación mental. Lo que le pagaba La Organización por sus conocimientos, su inexistente ética y su silencio era mareante.

Le pidió que reconociera a Franky y le devolviera la llamada para explicarle el diagnóstico. Necesitaba saber en que estado se encontraba y si sería capaz de tomar decisiones importantes. Por último telefonó a Estella. La mujer lloró como una Magdalena cuando oyó que sus señores habían muerto. Harrison también le ordenó que no lo divulgara: “De momento todo seguirá igual”.

Dos horas después el médico retornó a Harrison la llamada con el diagnóstico.

—Una recaída en la depresión sufrida dos años atrás por la desaparición de su esposa que podría desembocar en esquizofrenia grave o paranoia severa. He visto casos con síntomas parecidos. Puedo equivocarme pero conozco profundamente al Sr. Ruzzomia —fue el meteórico dictamen psiquiátrico.

—¿Debemos temer que intente suicidarse? Breve y en lenguaje llano, por favor. —Harrison temió que emergiera la adicción del galeno a profusas explicaciones y tecnicismos. La pregunta tenía su fundamento porque existía un precedente, según le confesó el propio Franky en una ocasión tras la muerte de Anne.

—No, de ninguna manera. Por supuesto la psiquiatría no es una ciencia exacta y la mente humana tiene millones de recovecos de los que aún pasará tiempo hasta que sepamos siquiera que existen. —En este momento el doctor percibió cierta impaciencia a través del auricular—. En resumen, estoy en condiciones de afirmar que su compromiso con el deber de protección hacia su hija es superior al deseo o impulso a cometer suicidio. Por cierto, ya no recordaba cómo las gasta ese enorme perro que siempre está con ella. Fui a acariciarla y el bicho abrió las fauces enseñándome los colmillos y gruñendo. Si no se lo lleva la señora me cago en los pantalones, con perdón. Bueno, como le decía, la niña es la principal baza conque contamos para recuperarlo. Seguiremos un tratamiento similar al anterior. Para esta noche le he dado un calmante. Una buena dosis de antidepresivos y otras pastillas que le ayudarán a pasar los primeros días para luego ir rebajándola progresivamente. La señora y sus ayudantes han tomado nota. Don Francesco estará un par de días ausente, como dice mi hijo zombi, pero luego remitirán los síntomas. Le visitaré dos veces al día y le pondré una enfermera de confianza. Yo estaré disponible para cualquier emergencia.

—No se pasa un buen trago teniendo a Pummy cabreado delante. Es para lo que le han entrenado. Creyó que iba usted a hacer daño a la cría. Lo siento doctor. Muchas gracias por atendernos tan pronto.

Entrada la noche los jefes de La Organización decidieron que ya estaba bien. El día siguiente también sería ajetreado y les convendría descansar. Tenían intención de pasarse a ver a Franky pero se les había hecho demasiado tarde. Estaría reposando y no querían perturbarle. Harrison llamó por teléfono esperando que Estella o Rick lo descolgaran pero fue el propio Franky quien lo hizo al reconocer el número en la pantallita del teléfono.

—¿Cómo van las cosas? ¿Lo tenéis todo arreglado? ¿Has vuelto a hablar con Ratón? —dijo antes de que Harrison pudiera hablar.

El lúcido torrente de preguntas no concordaba con el tono. Sonaba a voz fatigada.

—Antes dime. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente. Algo cansado. No sé para qué tantas pastillas. He dormido toda la tarde, desde que Giannina marchó al colegio, y me he levantado peor que al acostarme; con una jaqueca horrible que me ha machacado. Y encima el sargento que me ha puesto el matasanos de enfermera me ha dado más píldoras para que se me pasara. Sin este dichoso dolor de cabeza os habría llamado.

—Tómatalo con calma y haz lo que te dicen. Lo tenemos todo controlado. Ratón todavía no ha llamado pero no hay cuidado, mañana tendremos noticias tuyas. Con un poco de suerte el jueves habremos terminado de planearlo.

De fondo Harrison oía las voces de la enfermera ordenándole que colgara el teléfono, que necesitaba reposar y que tendría que olvidarse de los negocios por un tiempo.

De camino a su casa, recostado en el asiento trasero del coche, Charles Harrison, olvidando el cansancio acumulado se dispuso a avanzar en su “otro plan”, íntimo e incipiente, concebido en el momento en que Franky decidió asesinar él mismo al terrorista; esto no le cabía duda que sería así, le conocía perfectamente. El cuándo y el dónde no le preocupaban, eran más o menos previsibles. Pero el cómo se presentaba peliagudo, no dependía de él, necesitaba un chivo expiatorio. Ignorando la suave conducción y el comfortable asiento que invitaban a echar una cabezada se lo planteó.

Empezó por lo fácil, el lugar: “El Búnker, donde ocasionalmente ajusticiamos a algún capullo que tiene algo que contarnos. ¿Cuándo? Depende de cómo se desarrollen los acontecimientos. Imposible saberlo con exactitud, pero será en el momento en que Franky decida liquidar a Zumalla”.

Le invadió algo crucial con lo que no contaba: la indecisión, circunstancia extremadamente extraña en él. “Si

dudas saldrá mal”, se intranquilizó. Volvió al “cómo”. Si no encontraba soluciones a tiempo que aplastaran esta vacilación abandonaría la idea, pero se comprometió a perseverar en ella.

La menuda y luminosa figura de Ethel esperaba a su marido en el porche dos pasos por delante del dintel de la puerta con una sonrisa triste ansiosa de noticias. Su esposo le había adelantado la confidencia por teléfono. Curiosidad, cotilleo y verdadero interés por el bienestar de Franky y los suyos avivaron su impaciencia.

Harrison la vio en cuanto el coche enfiló el camino particular de su residencia. Tantos años con ella y todavía su corazón se alteraba. Embutida en una de esas prendas que tanto la favorecían, que ella denominaba batas y a Harrison le parecían vestidos de noche, se acercó al vehículo cuando este se detuvo. Harrison en contra del habitual beso en la mejilla, la abrazó fuertemente mientras olía en su cuello el suave perfume juvenil; ella lo achacó a los sucesos acaecidos pero él lo hizo como sello al pacto que acababa de cerrar consigo mismo. Un segundo después de que Ray emprendiera de nuevo la marcha Ethel le estaba acribillando demandando respuestas de los pormenores sobre el estado de Franky y la muerte de los Ruzzomia. Con su familia Harrison gastaba todos los momentos en que se mostraba dicharachero.

II

El FBI nunca tuvo claro si el fallecido Carlo Ruzzomia fue el fundador, uno de los cofundadores o un empleado avisado que se hizo con el poder del grupo empresarial del narcotráfico neoyorquino conocido como La Organización.

Actualmente articulado como un holding ha extendido sus redes de distribución por toda Norteamérica y parte de Europa Occidental. A su proveedor principal, el cártel de Guamaloa, se añaden otros de menos importancia en Asia. Los federales suponen que tiene intereses comerciales o financieros en los países más importantes del mundo.

Carlo, a los sesenta y nueve años, por razones que el FBI en ese momento desconocía, decidió dejar al mando a su único hijo Francesco y apartarse totalmente del panorama del crimen organizado. Con la desaparición de Carlo el orden jerárquico quedó establecido con Franky como número uno, Harrison dos, Saccini tres y Joana Allen cuatro. Esto significaba que Franky escalaba desde el tercer puesto a ser el máximo jefe. Detalle básico en una cadena de mando tan definida y férrea, donde las órdenes se pueden discutir y consensuar pero una vez rubricadas por quién posea más rango no queda otro remedio que obedecer.

Con el paso de los años el FBI había confeccionado un vasto expediente, tanto en papel como digitalizado, de La Organización. En las primeras páginas se podía leer un resumen de su historia bastante inexacta e incompleta. La semblanza carecía de algunos pasajes importantes.

En 1961 Carlo Ruzzomia, con 22 años, era un modesto vendedor de seguros. Pensando en la forma de aumentar sus escasos ingresos decidió defraudar a la compañía para la que trabajaba. El método era tan simple como efectivo. Firmó pólizas con clientes que simulaban robos, reclamaban las indemnizaciones, vendían las mercancías del fraude en el mercado negro y se repartían los beneficios.

En 1964 la compañía de seguros comenzó a sospechar. Ruzzomia fue despedido y posteriormente contratado por uno de estos clientes llamado Donald Sands, dueño de una empresa de transporte internacional en el puerto de Nueva York que desarrollaba dos funciones: una burocrática encargada de resolver los trámites entre clientes y navieras; y otra a pie de obra cargando y descargando buques de bajo tonelaje.

Aparte de los tejemanejes con Carlo, Donald encompinchado con el crimen organizado, sobrepasaba los límites legales aprovechando los transportes para hacer contrabando a pequeña escala, “una forma de sinergia como otra cualquiera”, le decía a Carlo. Esta empresa constituyó la primera fase de lo que más tarde llamarían La Organización.

Cuando Carlo asimiló los entresijos del negocio, Sans le cedió una participación en la sociedad que aceptó encantado. Carlo aumentó la facturación al incorporar, en esa época y desde entonces, el floreciente comercio de la cocaína. Al principio con importación de pequeñas cantidades desde Colombia que luego, tras adulterar, distribuía en la ciudad. Más tarde expandió el negocio a todo Norteamérica y finalmente a Europa Occidental.

La droga era revendida con grandes plusvalías (multiplicaba el precio desde su compra por cien). En los comienzos el perfil, tanto de los consumidores como de los camellos repartidores, era de clase pudiente. Carlo se dio cuenta de que buena parte del dinero que ganaba ilegalmente procedía de actividades por lo menos tan delictivas como la suya propia; con lo cual estimaba que él no producía dinero sucio, simplemente lo cambiaba de mano.

Entre sus clientes figuraban toda clase de ricos y poderosos, luego incorporó gente de clase media y por último a sin recursos, estos mediante el consumo de crack. De los acaudalados le repugnaban especialmente los políticos. Los consideraba tipos corruptos e ineptos que despilfarraban el dinero de honrados trabajadores sin el mínimo escrúpulo condenándoles a la miseria. Siempre se vanaglorió de no haber perjudicado a ninguna persona honesta, incluso regularmente hacía generosos donativos filantrópicos a entidades benéficas.

La opinión del FBI distaba mucho de tales apreciaciones y siempre consideró a La Organización la peor banda criminal de Nueva York.

En 1979 un grupo de cubanos asentados en Miami trataron de introducir su cocaína en La Gran Manzana. La Organización les robó (confiscó lo definió Ruzzomia) alijos e hizo desaparecer a algunos de sus distribuidores y camellos. La respuesta fue contundente: Donald Sands murió acribillado a balazos a pocos metros de su casa en brazos de su esposa y una de sus hijas.

El FBI sospechó que indirectamente Carlo tuvo algo que ver al constatarse una actitud pasiva de los guardaespaldas y la facilidad con que se aproximaron los pistoleros a Donald. No se pudo probar su implicación, y él, evidentemente siempre lo negó. Para que quedara patente su inocencia, y al uso de como se arreglan las venganzas entre bandas, ordenó eliminar a los capos rivales. Con ello además confió en aumentar su prestigio y el temor en sus competidores.

Envío un ejército de doce matones a Miami. Se produjo un sangriento ajuste de cuentas. Consiguieron matar a uno de los gerifaltes y a tres guardaespaldas en el tiroteo más violento que se recuerda en la ciudad. Casi medio centenar de balas se cruzaron a la entrada de la mansión del cubano cuando su vehículo se detuvo a la espera de que el portón se abriera. El blindaje del vehículo no aguantó los impactos de grueso calibre; acribillado, quedó como un queso y sus ocupantes como carne de hamburguesa. Un segundo después de oírse las primeras ráfagas los atacantes fueron repelidos desde la verja con más disparos. Cuatro pistoleros de La Organización murieron en el enfrentamiento pero el balance a Carlo le pareció positivo.

El FBI no andaba desencaminado. Después de la muerte de Carlo solo Harrison sabía lo que ocurrió realmente. Todo fue ideado por Harrison. A órdenes de Carlo, él fue quien preparó la encerrona a Sands: los escoltas de Donald simulaban venderse a los cubanos y se olvidaron de la protección de su jefe. Fueron recompensados y los de Miami y Ruzzomia quedaron satisfechos.

Tras la muerte de Donald las acciones de la empresa pasaron a su esposa e hijas y estas se las vendieron a Carlo, el cual a su vez cedió una participación minoritaria a Harrison. Desde entonces Ruzzomia quedó como jefe y Harrison como su lugarteniente y pieza fundamental en la estructura.

En 1972, siete años antes del asesinato de Sands, Carlo Ruzzomia supo ver la brillante inteligencia de ese muchacho de dieciocho años que trapicheaba en el puerto para salir de la miseria y decidió darle una oportunidad. Harrison siempre le estuvo agradecido por ello. El chico cumplió sobradamente con las expectativas y el patrón le tomó aprecio. En 1978 ya era su hombre de confianza.

En una época especialmente difícil para el narcotráfico, finales de los setenta y principios de los ochenta con la DEA —agencia antidrogas estadounidense— y los fiscales empleándose a fondo contra el negocio de los estupefacientes, los dos socios consiguieron situar el comercio de cocaína como la principal fuente de ingresos de la empresa. La rama legal del negocio quedó como algo marginal, con la única función de facturar y lavar el dinero ilícito del que provenían más del 90% de los beneficios.

Con Harrison al mando de la parte estratégica y Carlo en la vendedora el negocio creció, amenazando con descontrolarse. Harrison tuvo que esmerarse en los apartados organizativos. Contrató más personal: camellos, matones, abogados, etc.

Carlo se centró en la búsqueda de clientes entre la alta sociedad. Siempre le gustó la gestión puramente comercial que combinaba muy bien con su carácter, tenía “don de gentes” con los ricos. Especialmente bien se le daban los millonarios excéntricos. Aprovechando las abundantes horas de aburrimiento de que estos disponían, sus contactos (empleados sobornados) le introdujeron en sus clubes privados donde pudo repartir coca en los momentos que él llamaba de glamour paliándoles el tedio.

Harrison constantemente martilleaba a Carlo con la inaplazable necesidad de cambiar la estructura de la compañía creando más empresas que diversificaran los riesgos, de tal forma que los problemas fiscales, judiciales y económicos en una de ellas no afectaran gravemente a todo el negocio. Le insistió tanto con los temas de “organización” que cuando oficiosamente se constituyó el holding Ruzzomia lo llamó La Organización.

Con esta estructura era más fácil ocultar y lavar el dinero.

Se constituyeron más de veinte empresas con domicilios fiscales en diferentes países. Algunas dedicadas solo al transporte físico de las mercancías, otras a las gestiones transitarias y otras meramente financieras con la única función de ser depositarias de las acciones de otras empresas. Algunas operaban en un marco estrictamente legal y en otras se mezclaba con lo delictivo creando un entramado de sociedades, países, paraísos fiscales y legislaciones muy opaco, indescifrable sin una profunda investigación en la que por lo menos tendrían que ponerse de acuerdo tres países, de los cuales uno basa su economía en no colaborar en el esclarecimiento de asuntos económicos.

De lo primero que Harrison se dio cuenta es de que las autoridades, mandatarios, políticos, los propios países o como quiera llamárseles son aliados de los grandes criminales. Permiten que los delincuentes jueguen sus mejores bazas: los paraísos fiscales y el deficiente control a la banca, ambas conviviendo en simbiosis.

Pensaba que con la eliminación de estos edenes monetarios (si interesara hacerlo labor muy fácil para un país como Estados Unidos) el comercio ilegal (drogas, armas y personas) y los grandes crímenes (terrorismo) serían algo marginal. “Por mucho menos nuestro gobierno ha intervenido, invadido o propiciado cambios de régimen en otros estados”.

Con unas inspecciones exhaustivas en el sistema bancario sería imposible realizar grandes transacciones. Aquí aparece una tercera ventaja, las penas en este ámbito no son acordes a los delitos de los que es cómplice. Remataba con: “Y lo bueno es que si estas medidas se tomaran su coste sería..., ¡menos que cero! Pues subiría la

recaudación fiscal”.

Estas consideraciones le llevaban a una conclusión clara: “globalmente a los verdaderamente poderosos no les interesa acabar con los grandes delitos. ¿Por qué? Porque a nivel particular les interesa que así sea. Estos dos ases que los grandes hampones tenemos en la mano nos permiten jugar con ventaja.

Los “representantes del pueblo” lavan su imagen y quizá también la conciencia creando agencias que al contribuyente le cuestan un ojo de la cara para perseguir aquello que pueden eliminar sin gastarse un centavo. Los funcionarios de estas agencias son personas que cumplen celosamente con su cometido, pero su acción es limitada por leyes creadas al efecto y por dirigentes títeres que impiden una eficacia no deseada por quien verdaderamente maneja los hilos”.

Su ambición y estas disquisiciones le habían empujado a la cumbre de la delincuencia consciente plenamente de ello, lo reconocía, no usaba esa hipócrita coartada mental que utilizaban otros de su calaña: “Se me ha ido de las manos”. “Si me han dado los ases. ¿Por qué me voy a descartar de ellos?”. “Otro peor ocuparía mi lugar”.

Para enviar el dinero a los paraísos fiscales o traspasarlo entre sus empresas sin levantar sospechas Harrison contaba con la imprescindible y profunda implicación de los bancos. Al igual que con políticos y funcionarios, se sobornaron, amenazaron o chantajearon a un buen número de directivos bancarios, el personal financiero no se diferencia del de otros sectores, cuanto más alto es el rango más fácil es corromperle. Es necesario más dinero pero es más difícil que lo rechace. Pensaba que esas personas, en su mayoría, estaban ya corrompidas. Se le había dado el caso de ser el propio directivo el que le sugería que si tenía dinero difícil de justificar su banco podría ayudarlo. Le divertía entrar en sus oficinas y ver como el botones le saludaba correctamente mientras el director casi se postraba a sus pies.

De esta forma el trabajo combinado de Carlo y Harrison convirtió una empresa que luchaba por introducirse en el contrabando y el narcotráfico a gran escala en un verdadero entramado empresarial en el que la fusión de actividades legales e ilegales conseguía unos beneficios de nueve cifras.

Actualmente Harrison poseía el 30% del holding y la familia Ruzzomia el 65%, quedando el otro 5% repartido entre Saccini, Allen y otros empleados.

Fueron años en los que las bandas rivales pugnaban por ocupar parte del mercado, y una ola de violencia con importantes repercusiones se desató en las grandes ciudades, sobre todo en Miami con las disputas entre los narcos colombianos y cubanos. Se produjeron ajustes y contraajustes de cuentas entre mafiosos. Los capos y sus familias se movían con ejércitos de guardaespaldas y la seguridad alcanzó tanta importancia como la propia importación o distribución.

La lealtad que Harrison había tenido con el padre de Franky no se transmitió a su vástago. Desde que el hijo tomó el mando discrepancias en la gestión les habían enfrentado. Franky quería ampliar el negocio de las drogas incorporando la heroína a su inventario, hasta ahora compuesto de cocaína y marginalmente por drogas blandas.

Harrison, al igual que Carlo, rechazaba completamente introducirse en ese sector por varias razones. Consideraba la cocaína una droga de ricos y la heroína de pobres. La mantra que siempre repetían era que la gente que compraba cocaína a menudo era peor que los que la vendían, sujetos tales como los ejecutivos de Wall Street que rapiñaban los ahorros de gente humilde, políticos que utilizan su poder para medrar, artistas que venden basura por arte o empresarios sobornadores y explotadores sin escrúpulos mientras que los yonquis proceden de las clases bajas. La heroína traspasaba la raya de su débil código ético. Además el tráfico de heroína fue perseguido mucho más intensamente por la DEA y el FBI que el de cocaína. Desde el año 2000 los distribuidores de heroína han sido golpeados mucho más duramente que los de cocaína pero desde entonces la situación estaba cambiando.

La última razón era que para hacerse sitio habría que entablar una guerra con multitud de descontroladas bandas que ocupaban ese fragmentado mercado, no muy grandes pero sí numerosas. Era demasiada gente a la que había que quitar de en medio. Un derramamiento de sangre de este calibre, ante un ataque aliado de sus rivales tendría consecuencias imprevisibles. Perder podría ser el fin de La Organización.

Harrison continuaba en el negocio porque se lo prometió a Carlo. Se sentía cansado de ese peligroso mundo. El deseo de dejarlo se agrandaba cada día.

En el año 2008, con sesenta y nueve años el estresado corazón de Carlo Ruzzomia se resintió. Decidió retirarse cuando su cardiólogo, con mucho humor, le dijo muy seriamente: “Si continúa trabajando acaba usted de sufrir su penúltimo infarto”. En ese año la vida de Franky dio un vuelco: nació su hija y su padre le cedió el mando de La Organización.

Cuatro años después, corría Enero de 2012, Franky no pudo superar la temprana muerte de Anne después de un intenso tratamiento contra el cáncer. Cayó en una grave depresión y Carlo transfirió el poder interinamente a Harrison hasta que su hijo se recuperase. Se recobró después de una convalecencia de poco menos de un año, en Diciembre.

En más de una ocasión Harrison le había ofrecido a Carlo sus acciones a un precio casi simbólico pero el viejo capo lo había rechazado. En el año en que Franky se quedó viudo la presencia de Harrison fue imprescindible y

podría volver a serlo. Su ausencia supondría la pérdida de un activo muy valioso y aunque creía a su hijo lo suficientemente preparado para navegar solo, con la ayuda de Harrison estaba más tranquilo.

La DEA y el FBI desde hace tiempo tienen sus ojos puestos en La Organización. Especialmente intensa es la persecución contra los capos de la droga desde que Eduard Benwick fue nombrado en el año 2000 director de la oficina del FBI en Nueva York.

Cuando Franky retomó las riendas Benwick se centró en el nuevo jefe. Esperaba que la salud mental del joven gángster flaqueara y cometiera algún error grave que le permitiera ponerle entre rejas; pero hasta hoy no se ha producido. El inexperto capo cumple al pie de la letra la máxima de no implicarse personalmente en algo comprometedor.

En el engranaje de La Organización, Benwick, al igual que Carlo, consideraba pieza imprescindible a Harrison. Le había investigado a fondo en varias ocasiones sin conseguir nada. La última en el año 2012 cuando asumió la dirección. Pasado ese año la tenacidad de Benwick, ayudado por el pequeño desajuste con la vuelta de Franky a la acción, se apuntó varios triunfos menores. El FBI aprehendió varias cargas importantes y detuvo a algunos de sus peones, pero nada que hiciera tambalear a La Organización y mucho menos cumplir su objetivo de decapitarla encarcelando a Francesco Ruzzomia y sus lugartenientes Harrison, Saccini y Allen.

De vez en cuando Benwick repasaba datos de sus enemigos releendo los archivos del FBI. En la ficha de Harrison figuraba: “Considerado el cerebro. Nació en 1954 en Nueva York. Casado. Un hijo y una hija, ambos casados, varios nietos. Altura 165 cm., peso 78 kg., complexión gruesa. Pelo castaño, padece alopecia. Ojos marrones. Sin cicatrices ni tatuajes visibles. Inteligente y reflexivo. No está fichado por la policía”.

Al igual que en las demás fichas de los mandamases de La Organización un par de folios más completaba su perfil y andanzas con todos los detalles que los detectives del FBI habían recopilado.

En la de Franky: “Francesco Ruzzomia apodado “Franky”. Cargo: capo. Hijo único, heredó el puesto tras retirarse su padre. Nació en 1970 en Nueva York. Altura 171 cm., 70 kg. Viudo, su mujer murió de cáncer en 2012. Una hija nacida en el año 2008 a su cargo. Actualmente sin pareja conocida. Complexión delgada. Pelo moreno. Ojos marrones. Tiene una pequeña cicatriz en el lado izquierdo de la frente. Sin tatuajes visibles. Carácter habitualmente tranquilo con brotes depresivos. Su principal debilidad es su hija. No tiene vicios ni hobbies conocidos. No está fichado por la policía”.

A los 34 años Franky conoció a su mujer Anne en una fiesta privada que dio uno de sus clientes habituales, un galerista de arte de Broadway. Anne trabajaba para él asesorando tasaciones, adquisiciones y ventas de las obras de arte. Su jefe compartía negocios (legales e ilegales) y una buena amistad con Franky. El marchante además de comprarle cocaína y ayudarse mutuamente a lavar dinero, le encargaba el transporte de sus obras cuando las adquiría o vendía en el extranjero. Por su parte Franky le compraba obras de arte como inversión y objetos decorativos. Mutuamente se proporcionaban buenos contactos.

En el transcurso de la fiesta trabó conversación con ella, una mujer bastante diferente de las que solía frecuentar en sus ratos de ocio. Culta que no gustaba de fiestas y bullicios, se encontraba desplazada en ese sofisticado ambiente. Según le dijo su presencia allí se debía a un compromiso. Su jefe le había pedido que fuera porque una de las invitadas era una clienta que había obtenido una buena revalorización de los cuadros que le había aconsejado adquirir y era posible que recurriera de nuevo a ella si tenía pensado invertir.

Al principio Franky no le hizo demasiado caso. No le resultaba físicamente especialmente atractiva y el arte no era una de sus aficiones, pero a medida que hablaba con ella se interesaba más y más. Su aspecto sincero y sobrio caló en él y cuando Anne le dijo que se sentía incómoda en esos convites sociales la invitó a un café en un sitio más tranquilo.

Le contó que era de Boston, tenía 29 años, había estudiado arte en la Universidad de Nueva York y le habló sobre sus trabajos y aficiones. En ningún momento mentó a ningún amigo especial ni pareja sentimental por lo que Franky inmediatamente le pidió una cita para el día siguiente. La vida y el carácter del capo cambiaron totalmente desde ese instante. Su espíritu mujeriego y juerguista desapareció, dejando un hombre reflexivo y tranquilo centrado en ella y en su trabajo.

Anne también se enamoró de él. Se casaron dos años después y se fueron de luna de miel a Europa en un viaje repleto de arte por todas partes. Cumplió su sueño de visitar España, Francia, Italia, Grecia y Egipto. En España disfrutaron una corta estancia en la Costa del Sol, descansando en el chalet y navegando en el yate de los Ruzzomia.

Dos años después, nació su hija Giannina. Franky se sintió el hombre más feliz del mundo. La vida era perfecta en esa época pero dos años después empezó a torcerse. Su vida parecía cambiar cada dos años. A Anne le diagnosticaron un agresivo cáncer en el pecho que acabó con ella en 23 meses sin que la fortuna de la familia de su marido pudiera salvarla. Fue una tragedia para los Ruzzomia.

Franky y Anne estuvieron juntos ocho años de los cuales seis, hasta que ella enfermó, fueron de completa felicidad. Más allá de la ayuda psiquiátrica y de sus allegados, lo que le mantuvo, el auténtico motor de su vida fue su hija. Cada una de sus acciones tiene como último objetivo el bienestar de la niña. Sentimiento agrandado a los

pocos meses de fallecer su esposa cuando el infortunio le sobrevoló nuevamente. Tuvo claro que hubiera sido su fin.

En un brioso arranque para superar la depresión llevó a Giannina a su mansión en Melvert, la niña, con cuatro años, tampoco había superado del todo la falta de su madre. El propósito era pasar un fin de semana alegre, en el campo, con los aviones de juguete, la piscina, dando de comer a los caballos..., haciendo todo lo que le gustaba a la cría. Tenía que cambiar la espiral de desaliento. Como refuerzo le acompañaron sus padres, Estella y sus fieles Joe y Rick.

El sábado por la mañana Giannina y él se bañaban en la piscina, Pumy estaba con ellos. Su padre la sujetaba el cuerpo mientras ella braceaba y pataleaba en un rudimentario intento de nadar. Algo le ocurrió, lo atribuyó después a alguna reacción consecuencia de no tomar la medicación recetada contra la depresión. Repentinamente sus ojos deformaron su entorno, su boca enmudeció y sus extremidades flaquearon. Con el empuje del agua pudo mantenerse en pie pero Giannina se hundió. En ese momento solo el perro era testigo. El instinto le hizo ladrar como nunca lo había hecho pero Franky no reaccionó, no podía. Los demás, fuera de su vista, desdeñaron el aviso, desoyeron los ladridos creyendo que se trataba de un juego. El animal se zambulló y nadó tirando con la boca del batiente cuerpecillo. Lo arrastró por la rampa infantil hasta el césped. La cabeza de Franky hervía, consiguió dar los pasos suficientes hasta apoyarse en la escalerilla. No supo el tiempo que transcurrió hasta recobrase lo suficiente para gatear hasta su hija, que sentada y entre lametones, tosía enérgicamente. En su pequeño y dolorido hombro quedaron marcados los cuatro colmillos de Pumy. Fue embarazoso explicar las huellas de los caninos del perro y deformar la versión de Giannina hasta hacerla creíble y dejarla transformada en un accidentado juego; porque sintió vergüenza de poner en peligro la vida de su hija.

La mascota no era solo un amigo y un juguete más para la niña, pertenecía a su guardia de corps. Fue el original regalo de una amiga a Anne por el nacimiento de la niña. Era entonces un cachorro con quince días al que Estella, tuvo que alimentar con un biberón a la par que Anne hacía lo propio con Giannina. Desde entonces ha estado siempre a su lado. El ridículo nombre para un rottweiler de esa envergadura se lo puso indirectamente la niña. Cuando el animalillo se acercaba al bebé este, entre babeos, balbuceaba algo que su madre tradujo como Pumy.

Viendo el afecto que mutuamente se profesaban y el tiempo que su hija pasaba con el perro, Franky pensó que sería bueno emplearle en su protección. Lo consultó con su esposa, y ambos con especialistas caninos. Les aseguraron que sería una magnífica decisión atendiendo a su edad, raza y temperamento. Con un entrenamiento adecuado, difícilmente conseguirían un guardaespaldas más fiel.

Después del incidente Franky ya estaba totalmente convencido de que los miles de dólares que anualmente se gastaba en el cuidado y entrenamiento de Pumy eran los mejor gastados en su vida. Fue adiestrado para que le obedeciera solo a él y a unas pocas personas más, como el cuidador, que un par de veces a la semana se lo lleva para mantenerlo en forma y relacionarlo con otros perros, y a Estella, a quien ya obedecía antes de recibir entrenamiento alguno. En los paseos de la pequeña o cuando la llevan al colegio el perro no falta. Franky confía más en él que en la gente a su servicio, y el estatus de este en la vida de la niña subió como la espuma para disgusto de la criada.

El percance tuvo otras consecuencias en el futuro comportamiento del capo: empezó a tomarse más a pecho los consejos médicos.

La tercera ficha era la de Saccini: "Mateo Saccini. Jefe de seguridad. Exmarine. Nació en 1963 en Filadelfia. Soltero. Sin hijos reconocidos aunque se sabe que tiene al menos cuatro sin reconocer fruto relaciones con prostitutas. 188 cm., 115 kg. Muy corpulento, cabeza rapada y ojos grises. Pequeñas cicatrices en la cara y tatuajes en torso y brazos. Violento. Fichado por la policía militar".

La profunda amistad que tenían Franky y Mateo Saccini comenzó de forma rocambolesca bastantes años antes de que conociera a Anne. Discurría el año 1992 y fue más propia de una escena de vodevil que real. Su primer encuentro tuvo lugar en una de las primeras escapadas de juventud en solitario de Franky. En una noche de excesos, tras burlar a sus guardaespaldas, fue a parar de la mano de una prostituta que le abordó en la calle a la habitación de un burdel de mala muerte. En esa época de su vida comenzaba a putañear.

El prostíbulo era un piso con cuatro minúsculas habitaciones no aptas para clientes claustrofóbicos a las que habían incorporado un diminuto cuarto de baño. Se disponían en dos pares, una frente a otra, separadas por un pasillo central. Las paredes y el suelo estaban recubiertos de moqueta roja. En el centro, bajo el ventanuco de la pared del fondo, había una cama que ocupaba casi todo el espacio; apenas dejaba el sitio justo para abrir la puerta, de la que sobresalían dos ganchos para colgar la ropa. A un lado de la cama una mesilla y al otro un butacón donde dejar las prendas que las escuetas perchas no admitieran. Ese era todo el mobiliario. En el aseo convivían una especie de tubo gigante de plástico con una ducha de mango en su interior, un retrete, un bidé y un lavabo enano, todos casi pegados entre sí.

Tras completar el acto sexual, Franky se levantó, se refrescó un poco la cara y comenzó a vestirse sentado en el borde de la cama junto al butacón donde había arrojado su vestimenta. La chica, desnuda, tras él le acariciaba la

mejilla y le besaba el cuello y los hombros apretándole sus pechos contra la espalda.

—Cariño. ¿Es qué no te ha gustado? No te vayas todavía... Por favor, Jimmy. No me dejes sola —Franky le había dicho que se llamaba Jimmy—. Te lo haré pasar muy bien.

—Tengo que irme.

Se incorporó y terminó de vestirse, la chica se puso de pie encima de la cama, inclinada le abrazó por el cuello mordisqueándole la oreja.

—Jimmy, espera. —Las ganancias de la muchacha dependían del tiempo que pasaba con sus clientes, así que intentaba retenerle lo máximo posible.

Franky se liberó tirando de las muñecas de la muchacha hacia un lado. Al soltarla quedó sin apoyo y, sin acertar a agarrarse, cayó de bruces contra el canto del respaldo del butacón. Dio un grito tremendo. Aterrizó boca arriba sobre los pies del gángster sangrando por la nariz y la boca. Se agachó a socorrerla.

A su espalda súbitamente se abrió la puerta. Entró en la habitación un tipo no muy alto pero sí muy ancho, de nariz corta, dilatada y aplastada y mandíbula cuadrada, con una camiseta negra sin mangas pegada al torso como una segunda piel. Parecía que la reventaría en cualquier momento.

—Te gusta pegar a las chicas ¿eh, cabrón?

Y diciendo esto agarró a Franky con la mano izquierda por el cuello de la chaqueta y con la derecha por el cinturón y lo lanzó fuera de la habitación. Salió disparado. A trompicones atravesó el angosto pasillo y dio contra el inquilino de la habitación de enfrente, que con una sábana arrollada al cuerpo se había asomado al oír el alboroto. El sujeto, enorme, velludo de unos treinta, sorprendido soltó la sábana para liberar sus manos e intentar evitar que Franky chocara contra él. Al sentir el impacto del rostro en sus genitales cayó de espaldas sobre la cama con el joven agarrado a sus nalgas y la nariz pegada a su pene; el más grande y que más de cerca Franky había visto jamás. Desde el fondo de la habitación la prostituta que acompañaba al grandullón chilló acurrucándose contra el cabecero de la cama abrazada a la almohada. El fulano miró estupefacto al invasor de su intimidad, le levantó por las axilas y le arrojó contra la pared; rebotó y anonadado, sentado sobre la moqueta, quedó bamboleándose frente a él.

El matón de la camiseta negra entró en la habitación ajustándose un artilugio metálico en el puño derecho mientras no quitaba ojo a su presa.

—Te voy a enseñar yo a pegar.

Con escasa noción de lo que ocurría Franky consiguió percatarse de la situación; reaccionó. Torpemente introdujo la mano en el bolso de la chaqueta, sacó un fajo de billetes de cien dólares y se los alargó al gigante, que no era otro que Mateo Saccini.

—Te daré tres mil dólares.

A Mateo la visión del dinero le hizo saltar como un resorte. Cogió el dinero con la mano izquierda y, mientras se incorporaba, con la derecha lanzó un puñetazo a la cara del chulo que, repelido, cayó inconsciente en el suelo del pasillo. Franky se incorporó y se sacudió un poco la cabeza. Ni a él ni a Mateo les convenía que llegara la policía.

—Hay que largarse —aseveró regresando a su habitación.

Sacó unos billetes más del bolso y se los entregó a la chica que de pie, desnuda, entre ausente y medio histérica, intentaba taparse la hemorragia de la boca con la sábana.

—Toma nena —dijo poniéndole dos mil dólares en la mano, todavía le quedaba una buena cantidad.

La levantó cuidadosamente la barbilla y con el borde de la sábana le secó la sangre, luego le tocó suavemente la nariz y le levantó el labio superior. La chica se quejó.

—No parece que tengas la nariz ni los dientes rotos. La sangre es de los labios. En el de arriba tienes un buen corte. Acércate a urgencias y que te miren. Yo no puedo quedarme. Diles que has resbalado en la bañera.

Al salir al pasillo se topó con Saccini, que ya se había vestido y pagado a su chica. En la calle detuvo un taxi. Se estaba subiendo cuando, sin saber porqué, se dio la vuelta hacia Mateo:

—Oiga amigo. Le invito a una copa.

—Sí. ¿Por qué no? Así me relajaré un poco.

En realidad Saccini aceptó porque tenía curiosidad por conocer a ese chico que manejaba tanto dinero e iba a tugurios de mala muerte.

—A la calle 36 —pidió al taxista y, volviéndose hacia Mateo— si te parece bien —el grandullón hizo un gesto de aprobación con la cabeza—. Allí hay buenos locales con chicas guapas.

Saccini no conocía mucho los bares de esa zona. Eran muy caros para su bolsillo pero esta vez no pensaba pagar. De todas formas tenía el dinero que Franky le acababa de dar por sí quería invitar a alguna mujer.

—Una noche agitada. Se lo agradezco. Creo que ese tipo habría acabado conmigo.

—¿Pegó a la chica? —Mateo había visto desde su habitación como se interesó Franky por la joven y no le pareció capaz de hacerlo, pero eso “es lo que parecía” y en el sexo hay muchos depravados.

—No. Claro que no. Fue un accidente...

Tras contarle lo ocurrido empezaron a caerse simpáticos.

—Ningún hombre ha tenido la cara tan cerca de mi picha como tú. ¿Sabes? —rió Saccini.

—Ni yo había visto una tan grande. ¿No se asustan las chicas? A mí me acojonó mucho.

Ahora eran ambos los que reían a carcajadas.

—Por cierto. Me llamo Mateo Saccini —dijo ofreciendo su mano.

—Yo Jimmy Mulligan —mintió Franky estrechándose.

Entre copa y copa, pagadas por Franky, por supuesto no le habló de las actividades delictivas de su padre, le dijo que su familia tenía una empresa de exportaciones y poco más. Sin embargo Saccini sí le contó parte de la historia de su vida. Era marine. Ahora estaba de permiso y a la vuelta vencía el plazo de su instancia de reclutamiento. Últimamente había tenido problemas disciplinarios y no era seguro que se la renovasen.

—¿Cuánto os pagan en el ejército? No mucho, ¿verdad?

—Doscientos dólares a la semana.

Franky, a pesar del alcohol, se esforzaba por recordar los datos que le parecían importantes sobre la vida de Saccini. Antes de despedirse le hizo una propuesta.

—Si trabajaras en la empresa de mi padre ganarías más del doble. —Franky le entregó una tarjeta de la empresa con el nombre, el logotipo, teléfonos y demás datos, pero no aparecía el nombre de ninguna persona. Anotó en el dorso “Franky”.

—Lláname y quizá haya algo para ti. Si lo haces dí quien eres y pregunta por Franky, yo no suelo estar.

Todavía no le había dicho su verdadero nombre. Tenía que comprobar que podía confiar en él y que lo que le había contado era cierto.

Pocos días después del insólito encuentro Saccini llamó a La Organización. Le citaron en las dependencias del puerto.

Franky habló favorablemente de Mateo a su padre y a Harrison, y las averiguaciones sobre él fueron igualmente positivas. Estaban escasos de matones cualificados. Era el comienzo de la larga guerra de la cocaína, cuando cubanos, mexicanos y colombianos pugnaban por introducirse al por mayor en Estados Unidos a través de Miami, que se había convertido en el lugar con mayor concentración de narcotraficantes del mundo.

Saccini, puesto al día convenientemente, podría ser un muy buen elemento. Su carácter, alegre, rudo y socarrón, unido a su ascendencia italiana, y, sobre todo, al hecho de haber ayudado a su hijo, agradó mucho a Carlo que no dudó en incorporarlo a la plantilla. Harrison también estuvo de acuerdo.

Los datos de Joana Allen le importaban menos al federal, no obstante tampoco dejaba de repasarlos: “Cargo: jefe financiero. Abogada. Nació en 1969 en Trenton (Nueva Jersey). Divorciada. Se cree que mantiene una relación lésbica. 168 cm., 60 kg. Delgada. Pelo castaño claro. Ojos azules. Sin cicatrices ni tatuajes visibles. Culta y reservada. Sin ficha policial”.

De los cuatro jefes Joana Allen fue la última en llegar y la de menor rango. Se incorporó en 1996. Antes trabajaba de abogada en un bufete fiscal y de inversión en el que Harrison había exteriorizado algunas gestiones de La Organización. Además los socios del bufete eran unos buenos clientes que “abrían puertas”. Sus jefes la habían asignado algunas cuentas. La hábil joven, aún sin mucha experiencia, diligenciaba eficazmente los asuntos encomendados y dio algunas buenas sugerencias a Harrison. El capo estaba muy satisfecho con su trabajo y la tomó aprecio personal.

Físicamente no era muy agraciada. De cara equina, sus ojos parecían odiar a su larga nariz porque los tenía muy separados. De introvertido carácter no hablaba nunca de su vida privada.

La Organización, como con todas las personas con las que se relaciona, la había investigado. Sabían que poco después de empezar a trabajar se casó con Peter Keller, un compañero de universidad más joven que ella. Después de la boda Peter abandonó sus estudios e intentó sin éxito trabajar de actor en Broadway. Más tarde, el tipo, bien parecido, hizo del cine y de la infidelidad, junto con el derroche del sueldo de su mujer sus principales ocupaciones.

En Abril de 1996 una empresa de La Organización recibió un requerimiento del Departamento de Impuestos. Habían detectado diversas irregularidades en un par de operaciones que debían aclararse. Harrison citó a Joana en su despacho a las 17:00 de esa misma tarde.

La abogada se presentó puntualmente con grandes gafas de sol, muy maquillada y su peinado cambiado; en vez de llevarlo recogido hacia atrás con la frente despejada, el flequillo caía suelto sobre su cara. Harrison comprendió al instante lo que ocultaba, era la primera vez que la veía así. Sin quitarse las gafas, se sentó frente al capo, abrió su maletín y puso varias carpetas sobre la mesa.

—Son comprobaciones rutinarias. No hay nada de que preocuparse. Les enviaremos la documentación que piden —repuso con una voz plana y pobre.

—Joana. ¿Qué te ha pasado?

Harrison apartó los papeles a un lado de la mesa, le quitó cuidadosamente las gafas y la miró a los ojos. La mujer permaneció inmóvil. Quedó al descubierto un hematoma debajo del ojo izquierdo que llegaba hasta el

pómulo y un pequeño derrame en la córnea.

—Nada, nada. Un accidente en casa.

—Joana —repitió el gángster al notar que la mujer sufría—. Eres una chica lista y por eso te apreciamos. Sabrás que últimamente he pedido a tus jefes que te destinen más asuntos nuestros... más importantes y... más confidenciales. Eso es porque confío en ti, nosotros confiamos en ti y necesitamos que tú confíes en nosotros. Tus problemas nos pueden afectar. Lo que me digas no saldrá de aquí.

Se secó las lágrimas que empezaban a manar nublándole la vista. Sabía que no podría engañar al capo pero esperaba que respetara su intimidad. Se dio cuenta de que en el mundo de Harrison la intimidad no existe, hay demasiado en juego.

—Peter me pegó anoche. Peter es mi marido

—Lo sé. ¿Estaba borracho?

—No. Es que yo..., le he sido infiel.

A Harrison se le pusieron los ojos como platos. Habitualmente el infiel era Peter.

—Él te ha sido infiel docenas de veces. Estás al tanto, ¿no es así?

Asintió. No se impresionó por lo que sabía sobre ella.

—Sí. Sé que se acuesta con otras mujeres.

—¿Os encontró juntos?

—Yo..., solo han sido dos veces. Con Jenny —sollozó.

Harrison cada vez estaba más sorprendido. ¡Joana se había liado con otra mujer!

—¿Eres... bisexual?

—No lo sé. Peter ya no me quiere. Creo que me desprecia. Ahora cuando veo a un hombre... no me atrae, veo en él a Peter. Conocer a Jenny me ha ayudado mucho. Con él las cosas no iban bien desde hace mucho tiempo, casi desde el mismo día que nos casamos.

Harrison alucinaba, sentía curiosidad. Había oído casos así pero no había conocido a nadie al que le hubiera pasado.

—¿Y quién es Jenny?

—Tiene 27 años. Es una chica afroamericana que trabaja en una boutique donde compro ropa, cerca de donde vivo.

—¿Cómo se ha enterado de lo vuestro?

—Dice que nos vio en la calle por casualidad. Le pareció raro verme con ella. Fue después de que la boutique cerrara y nos siguió. Íbamos a su apartamento. Peter me había acompañado de compras alguna vez, por eso la conocía. Cuando volví a casa por la noche me preguntó dónde había estado. Le dije que trabajando. Me pegó y entonces por despecho se lo conté todo. Le dije que Jenny me daba lo que él no me daba y me volvió a golpear.

—¿Te vas a ir a vivir con ella?

—De momento no nos hemos planteado nada. Le he pedido a Peter que se marche. El alquiler se paga con mi dinero, pero él no quiere. Dice que es mi marido y que no se irá.

A Harrison le conmovió la sinceridad de Joana. Quería ayudarla, por ella y por La Organización.

—No te preocupes por eso. Si quieres podemos buscarte otro apartamento.

—No, espero que no sea necesario.

—¿Querrías trabajar con nosotros... desde dentro? Hay asuntos muy delicados que solo podemos tratar... desde dentro y yo solo no puedo —Harrison sonrió al remarcar otra vez las palabras “desde dentro”.

Obviamente no estaba solo, había decenas de abogados y economistas al servicio de La Organización. A medio plazo pensaba en ella como algo más que en un abogado; pensaba en una secretaria de confianza que ocupara la mesa de la antesala de los despachos.

La mujer le agradeció profundamente sus palabras. A pesar de estar versada en leyes un momento antes estaba desconcertada y no sabía que hacer ni a quién recurrir tenía miedo de su marido y ahora se sentía protegida. Desahogarse con el capo le había sentado bien. El gángster esperó unos momentos antes de seguir. La habló como si lo diera por hecho.

—Trabajarás en el 29 —se refería al piso 29 del edificio Hunter, donde La Organización tenía una buena dotación de oficinas—. Formarás parte de nuestra familia. Nosotros cuidamos de los nuestros. Por el dinero no te preocupes, te pagaremos bien. Hablaré con tus jefes. Les compensaremos. Tómame un tiempo.

La propuesta la cogió desprevenida, pero le respondió rápido.

—Acepto. No tengo que pensarlo más.

La seguridad en las palabras de Harrison le subieron su autoestima en un momento, ya veía el futuro con optimismo. “Sí, me encantaría trabajar con vosotros”, se dijo.

Al atardecer cuatro hombres la acompañaron a su casa: Saccini, un matón de confianza llamado Randall y dos abogados. Cuando llegaron Peter no estaba. Se sentaron en el salón a esperarle tomando unas copas que les sirvió Joana.

—No tardará. A veces va al cine o se toma una cerveza. Nunca se retrasa mucho.

Le abochornaba decir que también podría estar con fulanas. Los hombres notaron que estaba muy nerviosa, sin duda temía enfrentarse con su marido.

—Señora, usted ya sabe que no hace falta su presencia en estos trámites —dijo uno de los abogados consciente de que Joana era colega—. Conque nos deje los papeles firmados es suficiente.

Lo sabía, pero le parecía una descortesía dejarles allí, era su casa.

Saccini también creyó más adecuado que no estuviera en el apartamento por si se complicaban las cosas con Peter.

—Sra. Keller. Es mejor que no permanezca aquí.

Los dos abogados sacaron los formularios de sus maletines y Joana los firmó, eran los documentos del divorcio y del acuerdo en el reparto de bienes. En ellos se exponía que el marido no se oponía a que su esposa se quedara con todo, pues reconocía que de ella procedía el dinero conque se había comprado. Después cogió algunos enseres personales y ropa. Saccini la acompañó a la calle y la dejó en un taxi camino del hotel donde pasó la noche.

Como Joana había predicho, Peter llegó al rato. Abrió la puerta y miró con desdén a los cuatro hombres.

—¡Vaya, polis! Así que esa zorra lesbiana me ha denunciado —la ira procedía más de que su mujer le hubiera engañado con otra mujer que del adulterio en sí.

Saccini se levantó y se situó frente a él.

—Sr. Keller no somos policías pero... Sí, venimos de parte de su esposa.

Le interrumpió Peter alzando la voz:

—Si no son polis ya se están largando de mi casa. Por cierto ¿dónde se ha metido esa golfa? Estás escuchando en el dormitorio, ¿verdad? ¡Tortillera, sal de una vez! —gritó a la puerta.

Saccini como si no le hubiera oído sonrió y continuó en tono serio pero sarcástico.

—Se mujer quiere el divorcio. Este es el Sr. Matthius, abogado que la representa a ella y este es el Sr. Jonhson, también abogado, le representa a usted, ese de allí es el Sr. Randall, que no es abogado ni representa a nadie, y yo me llamo Mateo Saccini, tampoco soy abogado pero les represento a todos.

—¿De que coño está hablando? Yo no tengo ningún abogado ni lo necesito. Lárguense de una puta vez. Ya hablaré yo con esa furcia.

Mateo hizo gestos de contrariedad con la cabeza.

—Tiene usted un buen repertorio de insultos.

Con la misma naturalidad conque un cartero reparte el correo Saccini disparó su puño contra el estómago de Peter. Cayó al suelo hecho un ovillo. Randall se acercó y le cogió por un brazo mientras Saccini le cogía por el otro. Lo llevaron al baño y le reclinaron contra la bañera, luego se quitaron las chaquetas, con parsimonia las dejaron sobre un armarito, se remangaron la camisa y se quitaron la corbata. Saccini puso el tapón y abrió el grifo a tope. El agua salpicaba la cara de Peter.

—En el lavabo acabaríamos antes —sugirió Randall.

—No, nos pondría perdidos. No tenemos prisa —repuso su jefe.

Entre quejido y quejido Peter maldecía a Dios, a ellos y a su mujer.

—Peter, deja de despotricar. Esto va en serio.

Saccini, con una mano, le sujetó la cabeza y la sumergió. Con los brazos extendidos, retorciéndole las muñecas y agarrándole por el cuello le mantenían alejado e inmóvil para que no les mojara. Cuando le sacaron escupía agua a chorros.

—Peter, es tu última oportunidad. Tu mujer mañana puede estar divorciada o viuda. Elige. Es muy fácil. Firmas los papeles y desapareces.

Saccini le atenazó de nuevo la cabeza.

—Está bien, está bien —dijo tosiendo sin poder mantenerse erguido—. Firmaré.

Saccini y Randall cogieron unas toallas, se secaron y le secaron ásperamente. Fue arrastrado de nuevo al salón donde, pacientes, esperaban los abogados. Por último le sentaron en un sillón frente a la mesita donde habían desplegado los documentos.

—Como te dije antes, Peter, tienes que firmar donde el Sr. Jonhson te indique. El Sr. Randall y yo haremos de testigos. Luego recogerás tus cosas y te irás. Te irás muy lejos Peter, y no volverás. Porque como vuelva a verte por aquí te romperé las piernas. Como molestes a Joana, Peter, escúchame con atención, te buscaré, te encontraré y te romperé las piernas. Y si vuelvo a oír hablar de ti porque te has chivado a la policía, Peter, ¿qué te romperé?

—Saccini le miraba fijamente sin atisbo de broma.

—Las piernas —contestó asustado.

Firmó donde le indicó el abogado.

—No, Peter. El cuello. Ves, ya está. No olvides lo que te he dicho. ¡Enhorabuena! Ya estás divorciado. —Saccini adelantó la mano para estrechársela.

Peter ofreció tímidamente la suya. Le pareció que una prensa se la aplastaba. Saccini mantenía una sonrisa congelada en sus labios.

—No lo olvides Peter.

Así fue como Peter Keller desapareció para siempre de la vida de Joana Allen, Joana Keller de casada.